

## El ajedrecista que no podía vivir sin tocar

|||| Pero Paul Badura-Skoda posee otra faceta que también le ha dado fama entre los maestros del juego ciencia. Una faceta, que por menos conocida no deja de ser fascinante para los aficionados a la música y el público en general y es la de ser un fortísimo ajedrecista que ha derrotado a algún que otro maestro de este deporte y pasa largas veladas, durante sus giras de conciertos o de masterclass, jugando con algunos de los ajedrecistas más famosos del orbe. Estudia y analiza las últimas novedades teóricas que diariamente aparecen sobre el juego y su fama y carisma entre los profesionales del tablero es notoria.

### Anécdotas de un ajedrecista

De él se cuentan numerosas anécdotas que a veces resultan difíciles de creer si no fuera por que quien esto escribe ha vivido algunas de ellas muy de cerca y compartido las excelencias de su juego, estilístico y valiente, las frías noches de aquel diciembre del 2003, cuando dejó en León jirones de su saber, de su bonhomía y de su arte.

Durante una de aquellas veladas delante del tablero se me ocurrió preguntarle por algunos de sus famosos rivales que compartieron con él trebejos y reloj. «Uno de los que mejor recuerdo tengo, me dijo, fue mi buen amigo David Oistrak, con quien toqué muchas veces sonatas de Mozart en Moscú. Era un gran jugador que derrotaba a los campeones rusos e incluso llegó a jugar un match con Prokofieff, que tenía un alto nivel de juego habiendo derrotado en simultáneas a varios campeones del mundo entre los que se encontraban Alekhine, y Capablanca, por no mencionar los numerosos empates que hizo en esta modalidad frente a Lasker, Botvinnik, Smyslov, todos ellos campeones del mundo».

La vida de Paul Badura-Skoda trascurre entre blancas y negras: las casillas del tablero de ajedrez y las marfileñas teclas de los infinitos pianos con los que deleita a los públicos más heterogéneos. Algunos maestros con los que ha jugado y con los que ha convivido días enteros han contado a este cronista que cuando le visitaban en sus habitaciones de los hoteles, estas no parecían dormitorios de un pianista. Por ninguna parte se veían partituras ni nada que hiciera alusión a que la persona que allí habitaba era uno de los cinco mejores pianistas del mundo. Sin embargo aquel espacio donde el maestro pasaba muchas horas de su vida se parecía más al cuarto de un ajedrecista que el de un pianista de fama universal. Aquí y allá se podían ver libros y revistas de ajedrez y sobre la mesita de noche, siempre abierto, se encontraba un tablero portátil donde Paul analizaba horas tras hora algunas de las partidas que en ese momento los campeones estuvieran jugando en este o aquel torneo, o colocaba los trebejos en una posición determinada y de inmediato se sumergía en profundos análisis de alguna variante de la Defensa Siciliana, que tanto gusta practicar.

En León, al concluir cada día sus clases magistrales en Eutherpe, rápidamente me hacía una seña para que fuera colocando las piezas ya que una larga batalla iba a comenzar. Y una y otra vez se empeñaba en jugar la



ALBERTO



GONZÁLEZ PURAS

Una de las aficiones más arraigadas en el maestro es el ajedrez, en el que está considerado de un altísimo nivel. La vida entre blancas y negras.

|||||

**Caissa**  
«Es más difícil ganar a un gran maestro una buena partida que tocar una sonata de Mozart»

misma variante de la Siciliana para intentar refutar una línea que no acababa de encontrarle el tranquilo y para eso, decía, nada mejor que ponerla en práctica con un maestro. Mientras juega, Paul apenas habla. Sólo sonríe y susurra algo en alemán, o español, mueve la cabeza dubitativamente y toma la pieza con resolución para depositarla en el escaque elegido. Espera pacientemente la respuesta de su rival y se sume de nuevo en profundos cálculos que generalmente concluyen con una acertada valoración de la posición, para bien o para mal.

### Partida en Colombia

Hay muchas anécdotas que definen de forma diáfana cómo es este gran maestro del piano cuando se dedica a jugar al ajedrez. Cuenta un fuerte jugador colombiano que a su paso por Bogotá, Badura Skoda sorprendió a un grupo de amigos tras un agotador concierto la noche anterior. «A las once de la mañana, después de tres horas de ensayo, se sometió con un rigor asombroso a un programa de televisión de casi cuatro horas, y pasadas las cuatro de la tarde, sin tiempo para cambiarse de ropa, asistió a un



MARGARITA MORAIS

almuerzo con los platos más exquisitos y bárbaros de la cocina criolla, y no sólo comió con un buen apetito de músico, sino que se dejó seducir por los vinos abundantes. Al final, cuando sus anfitriones suponían que estaba al borde del desmayo, preguntó si era posible encontrar a alguien que le hiciera el favor de jugar con él una partida de ajedrez. Rápidamente se llamó a De Greiff una de las estrellas mayores del mundo- y éste no se hizo repetir dos veces la solicitud. Cuando el pianista supo el tamaño de su adversario, pidió que lo dejaran sólo en su habitación. Sus amigos pensaron con muy buen sentido que iba a descansar dos horas. Sin embargo, poco después lo llamaron de la empresa de televisión para arreglar las cuentas del programa, y él se negó a ocuparse de un asunto tan trivial. Ahora no puedo decirlo. Era cierto. Cuando Boris De Greiff llegó a recogerlo, lo encontró estudiando en un tablero magnético que lleva siempre en su maleta. Las piezas estaban colocadas en la posición final de la última partida inconclusa de la semifinal que jugaron en enero de ese año, el alemán Robert Hubner y el disidente soviético Víctor Korchnoi. Esto le dio a Boris De Greiff una idea inquietante de la categoría de su adversario. Sobre la mesa había un libro de ajedrez en inglés y otro en alemán. Ambos muy especializados. Y había además muchos recortes de la sección de ajedrez del *Times* de Londres y del *New York Times*. La larga noche empezó a las ocho. Por una cortesía pura con sus anfitriones, Badura Skoda tocó en el piano, sin un punto de inspiración, la tercera partita de Juan Sebastián Bach. Estaba en estado de tensión que no había padecido la noche anterior en el concierto, ni esa mañana, ante las cámaras. Solo cuando se sentaron frente al tablero pareció sumergirse en una ciénaga de serenidad. Boris De Greiff contó que en la Olimpiada mundial de Leipzig, en 1960, no se había usado un timbre como señal de partida, sino el aria para la cuerda de sol de la suite para orquesta número 3, de Bach. A Badura Skoda le pareció bien que se usara en aquel momento, y el dueño de casa, que es el más compulsivo fanático de Bach y del sonido electrónico en Colombia, puso el disco a un volumen prudente. Boris De Greiff, jugando con las blancas, abrió con el peón de rey. Badura Skoda le replicó con la defensa siciliana. En ese instante terminó el aria para la cuerda de sol, y siguió una gavota. Los testigos tuvieron la impre-

sión real de que a Badura-Skoda se le pusieron los pelos de punta, dijo, con su buena educación exquisita. Entonces quitaron el disco, desconectaron el teléfono y el timbre de la puerta, y encerraron los perros amordazados en el dormitorio. Los dueños de casa y la esposa de Boris de Greiff se encerraron con una botella de whisky en el comedor vecino, y la casa y el barrio, y la ciudad entera quedaron sumergidos en un silencio sobrenatural. La guerra duró seis horas. Badura Skoda se concentró hasta el punto de que sólo dijo tres veces la misma palabra en alemán después de tres de sus propias jugadas. Boris de Greiff entendió que decía: Y en efecto, lo dijo siempre después de las tres jugadas que determinaron su derrota. No levantó la vista del tablero un sólo instante, y sólo movió la mano para jugar, dice Boris.

### Músicos que aman el ajedrez

Jugaron cuatro partidas. Badura Skoda perdió tres, y la cuarta quedó en tablas. No quedó satisfecho, por supuesto. A las tres de la madrugada se empeñó en analizar las partidas, hasta que Boris de Greiff le ayudó a establecer cuales fueron sus errores decisivos. Luego, cuando le acompañó al hotel, le pidió que subiera al cuarto para explicarle el sistema especial de notación del redactor de ajedrez del *Times*, y siguió hablando de ajedrez hasta que la ciudad amaneció en las ventanas. A todos los testigos de esa noche irrecuperable les quedó la impresión de que Badura Skoda —que es uno de los pianistas más notables de nuestro tiempo— es en realidad un ajedrecista que sólo toca el piano para vivir».

Algunas veces durante un receso entre las partidas le comentaba si se había dado cuenta de la cantidad de músicos de primera fila que juegan y jugaron al ajedrez y viceversa. «Que ahora recuerde, apuntó, el gran maestro ruso Marc Taimanov es un enorme pianista que jugó contra Fischer en un torneo de candidatos por el campeonato del mundo, Oistrak como te dije, Prokofieff, que tenía una fuerza excepcional», y en España, le recordé a Miquel Farré. Y así iban desfilando por nuestros recuerdos la larga lista de músicos que amaban el ajedrez y de ajedrecistas que tocaban para vivir. Porque «el ajedrez, como el amor, como la música, decía Tarrasch, hace felices a los hombres».